

MANDELA

mi prisionero, mi amigo



Christo Brand
y Barbara Jones

PENÍNSULA HUELLAS

**Mandela: mi prisionero,
mi amigo**

Christo Brand
y Barbara Jones

Traducción de Juanjo Estrella

ediciones península

Título original: *Mandela, my prisoner, my friend*

© Christo Brand, 2013
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2014

© de la traducción del inglés: Juanjo Estrella González, 2014

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2014
Ediciones Península,
Pedro i Pons 9, 1^{ra} pta
08034 - Barcelona
info@edicionespeninsula.com
www.edicionespeninsula.com

David Pablo - fotocomposición
Egedsa - impresión
Depósito legal: B-2.181-2014
ISBN: 978-84-9942-306-7

ÍNDICE

PREFACIO de Ahmed Kathrada	11
PRÓLOGO	17
CAPÍTULO 1	21
CAPÍTULO 2	37
CAPÍTULO 3	53
CAPÍTULO 4	69
CAPÍTULO 5	85
CAPÍTULO 6	103
CAPÍTULO 7	121
CAPÍTULO 8	141
CAPÍTULO 9	165
CAPÍTULO 10	179
CAPÍTULO 11	199
CAPÍTULO 12	209
CAPÍTULO 13	231
CAPÍTULO 14	239
CAPÍTULO 15	261
CAPÍTULO 16	279
AGRADECIMIENTOS	287

CAPÍTULO I

Me crié en una pequeña granja a las afueras de Stanford, un bello pueblo situado en un valle de montaña, a dos horas en coche de Ciudad del Cabo, la gran ciudad. Un río serpenteaba por él, y el océano Atlántico quedaba cerca. Nuestra granja se llamaba Goedvertrouw, que significa «buena confianza» en holandés. En una finca vecina había una pequeña escuela, y ahí me enviaron a estudiar cuando tenía cinco años.

Lloviera o hiciese sol, cada mañana debía recorrer a pie los ocho kilómetros que me separaban de la parada de autobús más próxima. Pero, con frecuencia, uno de los empleados de la granja, un africano al que llamábamos «Chocolate», me acompañaba hasta la parada o me llevaba sobre el manillar de su bicicleta, o en la moto cuando le funcionaba. Jamás supimos el verdadero nombre de Chocolate. Siempre estaba ahí. No tenía parientes, y se pasaba la vida trabajando en la finca o ayudando a mi madre en casa.

Andábamos siempre cortos de dinero, y no había lujos. En cambio, nuestra vida familiar era muy rica. Tal vez no tuviéramos muchas cosas, pero lo que había era bueno: patatas asadas con una nuez de mantequilla, tuétano y calabaza con relleno de miga de pan y guisantes frescos. Apenas conocía el sabor de la carne, pero no me importaba.

Después de cenar, sacábamos unas velas al porche —no teníamos electricidad—, y mi padre cogía su violín y Chocolate su guitarra, y la música y la diversión resonaban en la oscuridad de la noche.

Los días empezaban temprano y a veces se prolongaban

hasta la medianoche, sobre todo cuando las tormentas invernales causaban daños en las cosechas o los cercados. Yo a veces salía, cuando ya había oscurecido, con mi padre y Chocolate, y les sostenía la linterna mientras ellos reparaban las vallas bajo la lluvia. En la zona de Boland, perteneciente a la Provincia Occidental del Cabo, las noches de invierno podían ser gélidas, y en ocasiones la ropa tendida se helaba y las manos se entumecían y se ponían azuladas. En cambio, en los veranos el calor era intenso, bochornoso, y costaba respirar.

Mi educación fue la típica de un afrikáner cristiano. Había recibido el bautismo en el seno de la Iglesia Holandesa Reformada, y acudíamos a los servicios religiosos todos los domingos. Después, por la tarde, dormíamos la siesta. Cuando teníamos vacaciones escolares, y también los fines de semana, me pasaba el día recorriendo la granja con mis amigos, los hijos de los trabajadores africanos y mestizos.

Sin embargo, en el colegio, todos mis compañeros eran blancos. Aunque soy sincero si digo que en aquella época apenas me percataba de la diferencia, lo cierto es que, durante el curso académico, nuestra diminuta escuela, de dos aulas solamente, era para los hijos blancos de los granjeros y sus jefes y capataces. Los hijos de los africanos y las personas de color asistían a otro centro situado a los pies de la colina.

Aun así, antes y después de las clases, todos nos encontrábamos en la parada de autobús y muchas veces encendíamos una hoguera allí mismo, sobre la tierra polvorienta, si hacía frío y todavía faltaba un buen rato para que llegara el autobús. Pero nunca hablábamos de por qué había segregación en nuestros colegios. Éramos pequeños —inocentes, supongo—, y aquél era sólo un hecho más de la vida.

En la granja, únicamente jugaba con otros niños blancos cuando las hermanas de mi madre y sus familias venían a visitarnos los fines de semana desde Ciudad del Cabo. Mi primo y yo salíamos temprano por la mañana, y Chocolate nos acompañaba mientras cazábamos conejos y palomas.

Pero entonces, un día, Chocolate desapareció. Hoy todavía no sé qué le ocurrió, aunque supongo que lo detuvieron por estar en alguna parte sin pase. Las leyes sobre pases para negros y personas de color eran célebres. Dichos pases se llamaban *doppass*, es decir, «pases ridículos», y dominaban la vida de quienes no eran blancos.

Mi padre intentó averiguar qué le había sucedido, pero no lo consiguió. Y lo aceptamos como parte de la vida sudafricana de la época. Un hombre como él provendría, seguramente, de una familia numerosa y pobre que residiría en una chabola sin agua corriente, electricidad ni alcantarillado. Es posible que hubiera perdido a sus padres a causa de la malnutrición o la tuberculosis, y que se hubiera ido de casa en busca de trabajo. Carecía de pertenencias y de educación, y lo más probable es que no lo hubieran registrado al nacer, por lo que no contaría con ningún documento de identidad. Se habría sentido afortunado por encontrar cualquier tipo de ocupación, o de hogar, cuando mis padres lo contrataron.

Chocolate habría sido clasificado como «obrero no especializado» a pesar de su capacidad para arreglar cualquier cosa en la granja y enseñar a un niño como yo a cazar y pescar, así como a reparar cercados y cuidar animales. No constaría en ningún registro laboral y no existiría para el sistema, igual que tantos otros africanos que carecían de cualquier valor para el estado del *apartheid*.

Estaba obligado a llevar su pase, su *doppass*, fuera a donde fuese, y debía enseñarlo cuando se les antojara a las patrullas policiales, que podían darle el alto y exigirle que demostrara que tenía derecho a estar donde en ese momento se hallaba. Pero Chocolate no tenía *doppass*. Ni siquiera existía de forma oficial.

En caso de que los policías lo hubieran parado fuera de nuestra granja, y más de noche, lo habrían llevado a algún calabozo, donde su vida no tendría, literalmente, el menor interés para ellos. Centenares de miles de sudafricanos negros

«desaparecieron» durante aquellos años. No servía de mucho, y no era prudente, realizar demasiadas averiguaciones. El pobre Chocolate era sólo otra baja del *apartheid*. Lo echamos de menos, pero vivíamos en un estado policial, y nuestros propios derechos también se veían limitados. Mi padre habría acudido a preguntar a la comisaría de la zona, pero la falta de disposición de sus agentes no le habría sorprendido. Para ellos, aquél habría sido sólo otro africano itinerante sin nombre.

El sistema de *apartheid* en Sudáfrica constituía uno de los ejemplos de racismo legitimado más crueles del mundo. Inspirado en la idea de la supremacía blanca trasladada a Sudáfrica por los primeros «conquistadores», los holandeses, a los que muy pronto siguieron los británicos, el Partido Nacional, de lengua afrikáans, promulgó las leyes de segregación tras acceder al poder en 1948.

Durante decenios, los sudafricanos negros habían sido esclavos o criados, o bien trabajadores mal pagados que servían a los intereses de los intrusos blancos. Cuando se aprobaron las leyes del *apartheid*, ya se les había despojado de sus derechos, mientras que la ley de las Tierras de Nativos de 1913, decretada por los británicos, les había privado de la posesión de la tierra. A partir de entonces se quedaron a merced de unas restricciones más limitadoras aún, pues el parlamento aprobó gran cantidad de leyes específicas con las que se controló su vida y se aseguró su desgracia.

Además de las muy odiadas leyes que los obligaban a portar pases, la de Servicios Públicos Separados, de 1953, introdujo los célebres carteles oficiales en los que se estipulaban los lugares públicos que quedaban reservados «sólo para blancos». Éstos se colgaron en todas partes, incluidos aeropuertos y cementerios. A los negros se les prohibió el uso de las mismas playas, los mismos autobuses, los mismos bancos de los parques, los mismos hospitales, escuelas o baños públicos de los que disfrutaban los blancos. La ley de Prohibición de Matrimonios Mixtos, así como la ley de Inmoralidad, criminalizó

las relaciones sexuales entre miembros de distintas razas. Y la ley de Educación Bantú, tal vez la más cruel de toda la legislación, implicó que las personas negras sólo podían recibir una educación que las preparara para ser mano de obra durante toda su vida, asegurando así el dominio blanco en generaciones futuras. Como expresó en una ocasión Hendrik Verwoerd, ministro de Asuntos Nativos y artífice del *apartheid*: «No hay sitio para el bantú [la persona negra] en la comunidad europea [blanca] por encima del nivel de ciertas formas de mano de obra... ¿Qué sentido tiene enseñar matemáticas a un niño bantú, cuando no va a poder aplicarlas?».

Los que no eran blancos no podían vivir en una ciudad, a menos que trabajaran como empleados en ella, y se los obligaba a llevar pases allá donde fuesen. A millones de ellos se los forzó a trasladar su domicilio, de acuerdo con la ley de Áreas de Grupo, que designaba unas zonas específicas, pobres, para negros y mestizos.

Aquellas desigualdades no estuvieron exentas de protestas, por supuesto, pero la respuesta del Estado fue, como era de esperar, brutal. En 1960, los levantamientos contra la ley de pases alcanzaron su punto álgido cuando la policía abrió fuego contra unos manifestantes en la población negra de Sharpeville y mató a 69 negros —a muchos por la espalda—, lo que pasó a conocerse como Masacre de Sharpeville. A consecuencia de ello, el Estado declaró el primer estado de emergencia de Sudáfrica, durante el que todas las libertades civiles quedaron suspendidas y se facultó a la policía para detener a sospechosos sin orden judicial. Todo acto público en el que participaran tres personas o más quedó prohibido.

Una década después, en 1970, la situación empeoró más aún para la población negra tras la aprobación de la ley de Ciudadanía de las Patrias Bantúes. Dicha ley estaba pensada para despojar a los negros sudafricanos de la ciudadanía, obligándolos a convertirse en ciudadanos de alguna de las diez denominadas «patrias» —áreas de tierras improductivas que

nadie quería y que se encontraban muy lejos de las ciudades, dominadas por los blancos—. Como consecuencia de su promulgación, más de tres millones de personas fueron reubicadas a la fuerza.

Hoy sé que el mundo clamaba contra aquellas horribles restricciones, pero yo era un niño que vivía en el campo, en la Provincia Occidental del Cabo, criado por una familia apolítica, y no tenía la menor idea de todo aquello. La presencia de Chocolate era constante en mi vida diaria, y yo además conocía a muchos otros africanos y mestizos que eran cabezas de familia y que siempre me daban la bienvenida en sus casas, al igual que nosotros los acogíamos en la nuestra. Ahora sé lo excepcional que resultaba aquello, y todavía lo valoro más.

Para los residentes en las ciudades habría sido imposible establecer un contacto tan personal con un hombre como Chocolate, o bien que sus hijos jugaran con niños negros. Para mí, ello era posible porque mis padres vivían en una casa ligada a su trabajo en la granja, el mismo que realizaban sus empleados negros y mestizos.

Yo, claro está, no era consciente de nada de todo ello en aquella época. Simplemente, recuerdo las muchas amistades infantiles que cultivé, y en las que no existía el menor atisbo de tensión racial en ninguna de las partes. Cuando mi abuelo, por ejemplo, me regaló una bicicleta, los niños africanos me la sostuvieron y corrieron detrás de mí para ayudarme a usar los pedales y evitar que me cayera. Compartíamos muchas cosas, jugábamos cerca del río y salíamos a pescar. A veces organizábamos combates y jugábamos a pelearnos, y después todos nos íbamos a bañar desnudos en el río y volvíamos a ser amigos.

Un día, llegó un niño de color para vivir con nosotros, y mis padres le prepararon una habitación para él solo en el desván. Se llamaba Pikky. Al parecer, lo habían dejado en la granja, al marcharse, unos temporeros que habían pasado unos días recogiendo fruta, por lo que mi madre decidió cuidar de él.

Pikky ayudaba a mi madre en la cocina, y también trabajaba

la tierra. Cuando llegaba del colegio, yo me dedicaba a plantar cebollas y patatas con él. Vivió con la familia hasta los quince años, más o menos, y entonces, igual que sucedió con Chocolate, desapareció; no volvimos a verlo nunca más. Aquello fue muy doloroso para mí porque había sido como el hermano que nunca tuve y habíamos compartido muchas cosas.

A pesar de mi tristeza por su pérdida, yo no hacía preguntas, y mis padres tampoco hablaban del tema. Nadie mencionaba nunca las circunstancias de personas como Chocolate o Pikky. Pero mientras estaban con nosotros los trataban como a miembros de la familia. Sólo ahora, al volver la vista atrás, me doy cuenta de lo excepcional que era aquello.

De hecho, al hacer memoria, constato que mis padres eran personas de una amabilidad insólita con todos los que nos rodeaban, fueran éstos negros, blancos o de otras razas. Los viernes —el día de pago— mi padre llevaba a todos los trabajadores hasta el pueblo, situado a más de treinta kilómetros de distancia, para que realizaran sus compras. De camino, se detenía para recoger a otros empleados que iban a pie desde otras granjas, hasta que en nuestra camioneta descubierta ya no cabía nadie más.

A pesar de su generosidad, mi padre podía ser muy estricto, y yo aprendí con dureza que no toleraría que faltara el respeto a los mayores, tuvieran el color de piel que tuviesen. Un día, me oyó gritarle a un trabajador negro de la granja cuando intentábamos meter a las vacas en un redil. Debí de pronunciar alguna palabrota, y mi padre se puso furioso. Agarró un *sjambok* —un látigo— y lo blandió contra mí, repitiendo una y otra vez que la gente mayor merecía un respeto. El color de la piel no era importante: no era algo que pudiera ponerse y quitarse, y además todos eran seres humanos como nosotros.

Nuestros trabajadores trataban a mis padres con la misma consideración que éstos les mostraban, y eran amables conmigo y me cuidaban. Uno de mis primeros recuerdos es el de una ocasión en que salí a caminar solo cuando tenía unos tres años

y me perdí mientras me entretenía en un canal. Yo siempre estaba jugando al aire libre, o en el río, pescando con otros niños. Ese día, todos los empleados salieron a ayudar a mis padres a encontrarme.

Con todo, la estabilidad de esos tiempos no duró mucho. En 1972, cuando sólo tenía doce años, todas aquellas noches de frío y lluvia pasaron factura a mi padre, que pilló una neumonía. Enfermó gravemente y no pudo seguir trabajando en los campos. El propietario de la granja, un blanco, decidió desahuciarlos. Y así, de un solo plumazo, perdimos tanto nuestra casa como nuestro medio de vida. Estábamos empezando a experimentar el despiadado trato que sufrían millones de personas negras.

Nos vimos obligados a trasladarnos a la ciudad, y allí tuvimos que quedarnos un año, viviendo en el cuarto del patio trasero de la pequeña casa familiar de mi tío, en Parrow Valley, un barrio residencial de clase media situado a las afueras de Ciudad del Cabo. Mi padre, mi madre y yo ocupábamos una única habitación atestada. Yo dormía en un colchón en el suelo y añoraba el verdor, los espacios abiertos y los campos de la granja.

Una vez que mi padre se recuperó, empezó a trabajar para los ferrocarriles, y un año después nos mudamos a Epping Garden Village, otro barrio de Ciudad del Cabo que actualmente lleva el nombre de Ruyterwaght. Se trataba de una zona destinada a los empleados blancos del ferrocarril. Por primera vez, éramos los dueños de nuestra propia casa, que yo he heredado y ampliado, y en la que hoy vivo con mi familia.

Allí, en Ruyterwaght, la vida era distinta. Mi padre estaba en casa todas las noches, en lugar de salir por ahí a reparar cercados o a recoger a las ovejas. Pero yo echaba de menos a mis compañeros y el tiempo que pasaba jugando en la granja. No tenía a nadie con quien ir a pescar, ni amigos negros. Mi colegio era sólo para blancos, y empezaba a darme cuenta de que en los baños públicos de la ciudad y en las estaciones de tren

había carteles para distinguir los lugares a los que podían acceder los blancos y los negros. Seguía sin entender del todo el *apartheid*, pero comenzaba a captar pequeñas diferencias que hasta entonces me habían pasado desapercibidas.

Me faltaba poco para completar mi educación básica, y ya disfrutaba de cierta reputación como el corredor más rápido de mi promoción. También se me daba bien el tiro al blanco. Pero la precaria situación económica de mi familia se mantenía, así que decidí que intentaría ganar un dinero extra en mis ratos libres.

A los quince años ya colaboraba, durante los fines de semana, con un constructor que me pagaba unos 8 rands al día —el equivalente a seis euros según el cambio de la época— para que le ayudara a construir su casa. Mezclaba cemento, cargaba ladrillos y le echaba una mano con la instalación eléctrica. Trabajaba muchas horas, de seis de la mañana a seis de la tarde. Durante la semana, después de hacer los deberes, vendía ollas y sartenes puerta a puerta. Uno de nuestros vecinos, con un puesto en una fábrica de acero inoxidable, me ofreció el 25 por ciento de lo que sacara por la venta de todos los productos que me proporcionaba. Yo llevaba muestras a la gente para que las viera, así como un catálogo con los importes, a fin de que constataran que los precios de fábrica eran inferiores a los de las tiendas.

No me fue mal, y pronto pude permitirme comprar una Suzuki de 50 centímetros cúbicos de segunda mano, que me facilitaría los repartos. Por entonces tenía dieciséis años. A los diecisiete adquirí un viejo Ford Cortina que necesitaba una reparación de motor y una sustitución de la caja de cambios.

Mi vida social se reducía a asistir a *braais* —barbacoas— en las que asábamos carne y pescado que pescábamos nosotros mismos. Empezaba a convertirme en un chico afrikáner de pro, inmerso en la comunidad blanca que me rodeaba.

En 1976, cuando tenía dieciséis años, entre la población blanca comenzó a cundir el miedo ante la posibilidad de que se produjera un levantamiento violento de los negros. Duran-

te dos días espantosos, en el barrio de Soweto, en el corazón de Johannesburgo, la policía mató a tiros a más de cien estudiantes negros que protestaban contra el racista sistema educativo. Murieron muchos niños, y la violencia se propagó por todo el barrio.

Todo el mundo temía que la rebelión se extendiera. A todos nosotros, los alumnos mayores de nuestra escuela, se nos pidió que acudiéramos a custodiarla de noche, porque los profesores creían que los negros pretenderían incendiarla. Patrullábamos por turnos alrededor del patio, junto con el director y los maestros, que llevaban armas de fuego cargadas. A pesar del estado de paranoia, la inquietante turba no se presentó.

Al terminar los estudios me tocó cumplir con el servicio militar obligatorio. Desde 1967, todos los varones blancos sudafricanos que tuvieran entre diecisiete y sesenta y cinco años debían convertirse en miembros de la Fuerza de Defensa Sudafricana o de la Policía Sudafricana. Al principio, el reclutamiento duraba sólo nueve meses, pero en 1977, a causa de los crecientes conflictos bélicos en Namibia y Angola, se amplió a dos años. Una vez cumplidos, había que acudir, a lo largo de los ocho años siguientes, durante un mes a un campamento fronterizo.

Yo tenía amigos que habían muerto en aquellos campamentos militares de la frontera de Sudáfrica; había asistido a sus funerales. No quería perder la vida como ellos y no quería meterme en una policía famosa por su brutal trato.

A dos de mis primos los habían enviado a una cárcel militar de Phalaborwa por negarse a empuñar armas y a hacer el servicio militar. Yo me sentía muy unido a ellos, éramos buenos amigos. Su madre —mi tía— me había descrito el trato que recibían, y me contó que iban a condenarlos a realizar trabajos forzados durante cinco años y que tendrían el mismo estatus que los delincuentes comunes.

Resolví que la mejor opción era prepararme para ser guardián de prisiones. Si se servía un mínimo de trece años, no podían obligarle a uno a ingresar en ejército ni a la policía, y

tampoco a asistir a la instrucción anual que tenía lugar en los campamentos de frontera. Se trataba de un trabajo poco considerado, con un salario escaso, pero yo había asistido a las sesiones informativas que en el colegio organizaban los agentes de reclutamiento y me pareció que podía ser la solución para mí. Me apunté en cuanto pude, y no tardé en incorporarme a una cárcel de Kroonstad, una ciudad grande al sur de Johannesburgo, en el Estado Libre de Orange.

Tenía como compañero de trabajo a un amigo de la escuela que se encontraba allí por una extraordinaria sucesión de circunstancias. Él había querido entrar en el servicio de prisiones aun sabiendo que seguramente suspendería el examen médico. No sé cómo, pero el caso es que convencí al sargento a cargo del reclutamiento para que le diera una oportunidad. Iniciamos juntos las sesiones de instrucción, pero las pruebas médicas fueron duras, y yo no las tenía todas conmigo.

En aquellos días tan raros y sin ley, el servicio de prisiones se alió conmigo para dejarlo entrar. El médico, que venía de Worcester, una localidad algo alejada, no llegó a tiempo la mañana del examen médico. Se llamaba Brand, y como yo compartía apellido con él, me indicaron que tendría que suplantar-lo para que el procedimiento no se interrumpiera.

Hoy me río y tiemblo a partes iguales al pensar en ello. Lo único que puedo decir es que un montón de aspirantes que jamás habrían superado las pruebas médicas pasaron la criba y trabajaron durante muchos años en el servicio de prisiones. Mi viejo amigo del colegio no fue el que peor lo hizo. De hecho, «aprobé» a un tipo que era del todo sordo de un oído. Había otro que tenía los párpados parcialmente paralizados y que no lograba mantenerlos abiertos durante más de diez segundos.

A pesar de nuestra falta de aptitudes para el servicio, nuestra instrucción en Kroonstad resultó en extremo dura, y durante tres meses nos dedicamos a realizar prácticas, a disparar al blanco con el ejército, a hacer ejercicios físicos extenuantes

y a estudiar Derecho criminal. Nos pagaban 70 rands la hora y llevábamos una vida bastante desagradable, rodeados de curtidors delincuentes.

Vivíamos en alerta permanente, pues nos sometían a ejercicios de inspección sin previo aviso. Sonaba el timbre a cualquier hora del día o de la noche, y debíamos vestirnos y prepararnos para pasar revista en menos de cinco minutos. Podían pillarnos en falta y denunciarnos por el más mínimo incumplimiento: un mono de trabajo cuyas costuras no estuvieran en perfectas condiciones, una mancha en el suelo o una cama mal hecha.

Con tal de burlar el sistema, dormíamos sobre una colchoneta en el suelo; de este modo no teníamos que hacer nunca la cama. Jamás entrábamos con zapatos en los dormitorios para evitar tener que pasarnos dos horas puliendo los suelos. Nuestra jornada se iniciaba a las cinco de la mañana con ejercicios hasta las siete, tanto si helaba como si el calor era insopportable. Y aunque estuviéramos chorreando de sudor, preferíamos sentarnos en el frío cemento que en la cama para no arrugar las sábanas.

En las mañanas de invierno, el agua se congelaba en los grifos, y teníamos que romper el hielo con las manos desnudas antes de comenzar a montar las piezas de una complicada pistola o de un rifle con los dedos aún torpes y doloridos.

Aquello era una tortura, y siempre padecíamos hambre. Cuando nos destinaban a limpiar las instalaciones de los oficiales tras algún acto social, cogíamos todo el pan que les había sobrado y lo llevábamos a nuestro dormitorio para devorarlo. Tal vez todo aquello estuviera pensado para que experimentáramos mínimamente qué sentían los prisioneros cuando los despojaban de sus libertades más corrientes.

A veces nos despertaban de noche para que realizáramos registros en la cárcel, y salíamos entonces a buscar cuchillos, drogas y demás objetos ilegales. Con frecuencia se producían peleas a muerte entre miembros de bandas rivales. Había san-

gre en las celdas, y nosotros teníamos que lanzar gases lacrimógenos antes de entrar, acompañados por perros.

Un día, un preso que se hallaba en régimen de aislamiento, un asesino, llamó a un guardián en prácticas que iba conmigo para preguntarle la hora. El guardián le mostró el reloj, y, un segundo después, el preso ya le había agarrado la muñeca y se lo había arrancado. Cuando conseguimos sacar las llaves y abrir la puerta, el interno ya se había metido el reloj en la boca y se lo había tragado entero. Aquella noche no había ningún médico de guardia para realizarle un lavado de estómago, así que no pudimos hacer otra cosa que redactar un informe y dejar las cosas como estaban.

En aquella época fui testigo de algunas situaciones desesperadas. Había presos que se cortaban los tendones con cuchillas de afeitar para no tener que trabajar. Otros se inyectaban abrillantador de metales, lo que hacía que se les gangrenaran las extremidades, que finalmente tenían que amputarles.

Una vez se desencadenó una pelea entre dos bandas. Nosotros siempre intentábamos mantenerlas separadas, pero un guardián cometió un error y ambas facciones —que en total sumaban treinta internos— se encontraron frente a frente en un pasillo. Yo me hallaba allí, acompañado sólo por otros dos celadores, sin agentes con perros que pudieran ayudarnos. Hicimos sonar nuestros silbatos y nos interpusimos entre ellos blandiendo nuestras porras para evitar un baño de sangre.

Ellos nos atacaron con las tazas de metal de la cárcel, por cuyas asas pasaban unos calcetines y, así, atadas, les resultaba más fácil golpearlos con ellas. Además se habían dedicado a sustraer los tapones de las duchas, que también metían en los calcetines. Tras un intenso combate, conseguimos introducir al menor de los dos grupos en una celda vacía y desactivamos la situación.

Pero aquello no fue lo peor. En ocasiones, el cabecilla de alguna banda obligaba a uno de sus inferiores a atacar a un guardián con una hojilla de afeitar. Debía conseguir derramar

sangre para superar la prueba. Los presos solían escoger para ello a los guardianes más jóvenes: los distinguían porque llevaban los uniformes de funcionarios en prácticas.

Al finalizar aquella instrucción, decidí solicitar plaza en Robben Island porque mi familia vivía en Ciudad del Cabo y aquella era la cárcel más cercana a la ciudad. Sabía que se trataba de un lugar remoto y hostil, azotado por el viento y el mar, y temido y odiado por todos los que habían estado allí. Pero yo creía que ningún centro penitenciario podía ser peor que Kroonstad. Me equivocaba.

Tan pronto como presenté mi instancia, todos mis familiares y amigos fueron investigados por la Special Branch, la temida unidad policial de inteligencia. Yo mismo tuve que facilitar los nombres y las direcciones de mis amigos, y a todos los visitaron más de una vez para interrogarlos sobre sus afinidades políticas y su adscripción a cualquier organización. No tuve ocasión de advertirles sobre aquellas visitas de la Special Branch, pues ni a mí mismo me habían informado de ellas. Algunos de mis amigos creyeron que debían de estar investigándome a mí por algún delito grave. En cualquier caso, como constataron que yo no mostraba interés por la vida política, aceptaron mi solicitud.

Mi ignorancia de la historia me había convertido en un candidato ideal. Cuando me dijeron que iba a custodiar a los criminales más peligrosos de la historia de Sudáfrica, me lo creí. Según me contaron, los presos de los que tendría que ocuparme deberían haber sido condenados a muerte, pero habían conseguido evitarlo, y por esa razón estaban destinados a Robben Island, el lugar más aislado posible.

Más tarde, cuando conocí a Mandela y a los demás presos políticos, la policía se dedicó a preguntar a mis amigos si alguna vez hablaba de él o de sus camaradas. Además, me di cuenta de que a mí también me seguía y me controlaba la policía de seguridad cuando estaba en casa, de permiso en Ciudad del Cabo.

Mi primera travesía en barco hasta la isla fue una pesadilla porque hacía un mal tiempo espantoso. El transbordador se balanceaba y cabeceaba con tal fuerza que me pasé todo el viaje vomitando. La impresión inicial que tuve de la isla fue que se trataba de un lugar siniestro y aislado donde las olas se estrellaban sin piedad contra las rocas.

Llegué un típico día de invierno en el Cabo, de vientos fortísimos y lluvia intensa, y todo me pareció tan triste que sentí gran admiración por los primeros holandeses que decidieron instalarse allí en el siglo XVII.

A los guardianes de más edad que nos vieron desembarcar allí debimos de parecerles corderitos de camino al matadero. Una de nuestras primeras ocupaciones fue servir el vino a los sargentos en el gran salón. Después nos obligaron a beber el agua salobre que extraían del pozo de la isla y que mezclaban con vino barato. Una vez que consiguieron que nos emborracháramos, nos subieron a una camioneta descubierta y nos llevaron a la parte trasera de la isla. Éramos seis. Apagaron el motor y nos ordenaron que bajáramos. Ya en el suelo, nos pidieron que empujáramos la camioneta hasta que arrancara el motor. Cuando se puso en marcha, salieron disparados, y los veteranos empezaron a insultarnos y a gritarnos por las ventanillas.

Estaba oscuro y llovía. No había farolas. Cuando al final llegamos a nuestros dormitorios, nos estaban esperando. Nos hicieron correr en círculos, dar cien vueltas cada uno para ver si nos encontrábamos en forma. Estaban muy borrachos. Algunos de nosotros nos internamos entre los arbustos y nos ocultamos allí, juntos. Ni siquiera nos importaba que hubiera serpientes venenosas o ratas. Teníamos frío, estábamos mojados y agotados. Regresaron a por nosotros, pero conseguimos meternos en el dormitorio y nos pasamos la noche escondidos debajo de las camas, hasta que se cansaron de buscarnos.

Ésa era la idea que los guardianes veteranos tenían de las bromas pesadas. Así eran sus novatadas, todo un ejercicio de iniciación a las prácticas vigentes en Robben Island.

Al día siguiente, el director de la cárcel nos dio la bienvenida y se presentó. Nos dijo que trabajaríamos con los peores asesinos y violadores del país. Que eran peores que los delincuentes que habíamos conocido hasta entonces, tan malvados que se los había condenado a cadena perpetua. En realidad, los hombres que a mí me iban a asignar no eran ni violadores ni asesinos, y sin embargo ellos los consideraban la máxima amenaza para el país.

Durante esa primera mañana, dividieron a los funcionarios recién llegados y a cada uno le asignaron un guardián veterano. A mí me dijeron que estaría en el módulo B. Allí era donde tenían encerrados a siete de los ocho presos conocidos como los del proceso de Rivonia. Así pues, mi trabajo consistiría en custodiar a algunos de los presos más célebres de Sudáfrica.